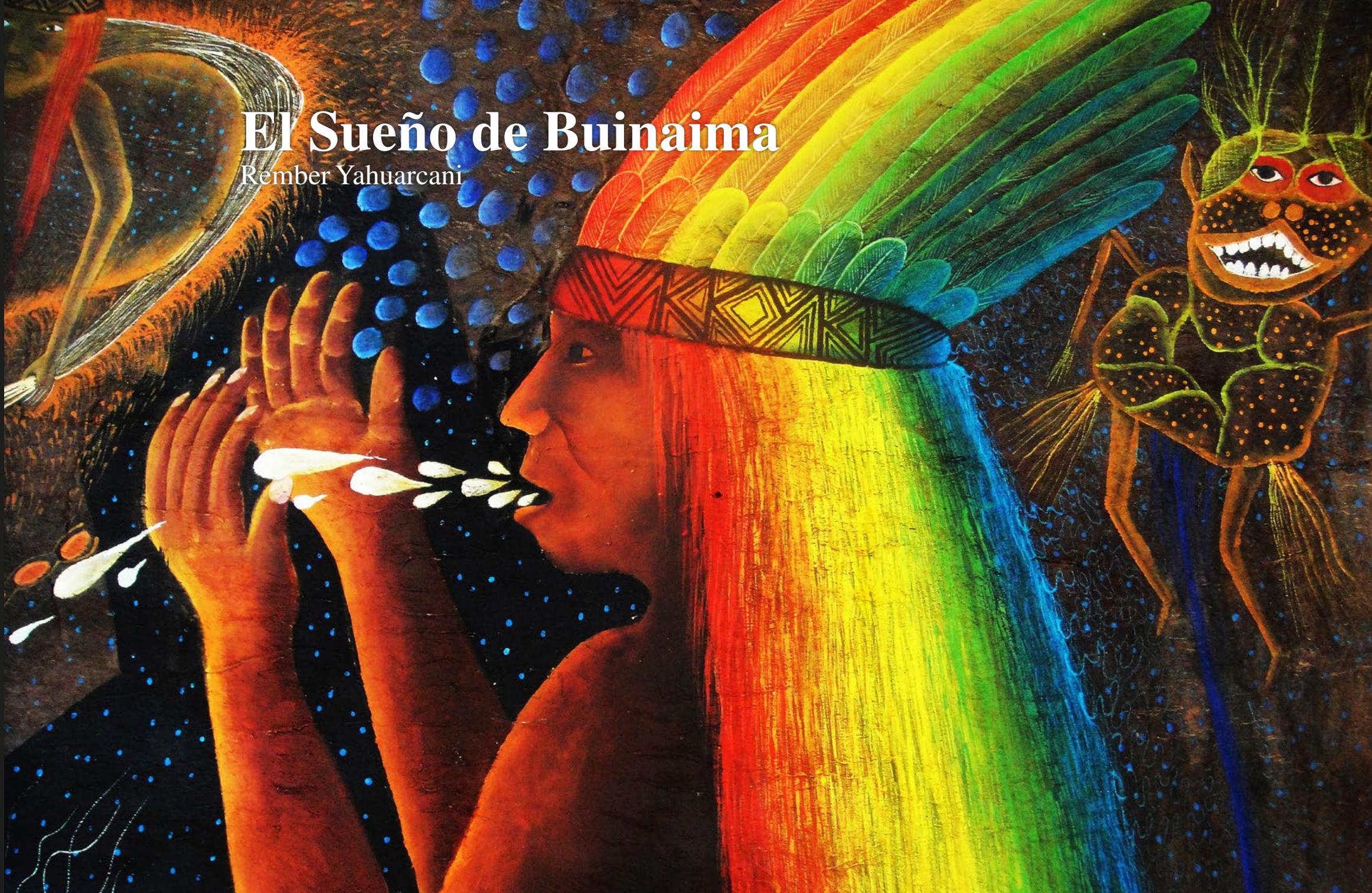


El Sueño de Buinaima

Rember Yahuarcani



El Sueño de Buinaima

Textos **Rember Yahuarcani López**

Ilustraciones **Rember Yahuarcani López**

Fotos **Victoria Morales Gaitán**

Maquetación **Frank Martínez Soriano**

Coordinación Editorial **Carlos Pérez Sanabria y Hector Cuesta Romero**

Impresión **EGRAF**

© **Textos e ilustraciones, Santiago Nazareno “Rember” Yahuarcani López.**

Catálogo general de publicaciones oficiales: **publicacionesoficiales.boe.es**

Edita **AECID. Dirección de Relaciones Culturales y Científicas**

Nuestro agradecimiento a la Editorial Santillana por la cesión de derecho para realizar esta publicación.

Edición 2015

NIPO papel **502-15-040-6**

D.L. **M-18861-2015**

Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de la misma es responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente la postura de la AECID.

El Sueño de Buinaima

Rember Yahuarcani

Dedicatoria

Estaba en casa una tarde de junio, escuchando a mi abuela Martha contar la historia del diluvio:

“...y las libélulas bajaron del cielo para sacar el agua de la tierra, pues todo estaba inundado, con sus alas y sus manos retiraban el agua, pasaron muchos días para que el monte quedara al descubierto...”, por un momento sentí estar dentro de la historia cuando de repente una voz se escuchó.

*“Todos los animales cantaban de alegría,
Las ranas decían: Torogocogooo,
torogocogoooo,
torogocogoooo.
Los grillos: Chékeréréé,
chékeréréé”*

Era mi sobrino de 5 años, Rember Segundo, detrás de las paredes, todos reímos a carcajadas. Este libro está dedicado a él, por las alegrías que trajo a casa, a mi familia por tenerme siempre en el corazón, a mi abuela y a la Nación Uitota por su legado.





El Sueño de Buinaima

En la selva, allá por donde corre el gran río Putumayo, viven los uitoto. Quizás nunca los hayas escuchado nombrar. No sería sorprendente. Muy poca gente sabe donde están. Se encuentran lejos de las ciudades y para irlos a visitar hay que viajar en barco, serpenteando por los ríos durante varios días. Es que en la selva, los ríos son los mejores caminos. O, si tienes suerte y dinero, puedes alquilar una avioneta y llegar volando por sobre la copa de los árboles. Vale la pena. Quien consigue pasar una noche en casa de una familia uitoto, tiene mucho que contar.





Desde hace generaciones, nadie sabe cuántas, los uitoto habitan esa área de la Amazonía. Tienen un idioma especial, que sólo ellos saben hablar, y cada familia pertenece a un clan. Su comida es también diferente. Cultivan yuca, pescan, cazan, y guisan la carne en unas grandes ollas con mucha salsa de ají negro. La receta lleva ají, jugo de yuca y termitas ... y pica mucho de verdad.

Todo lo comen con pan, un pan de harina de yuca, redondo y chato como una gran tortilla que las mujeres hornean en casa. Se llama pan de casabe. No se vende en las tiendas. Para probarlo, hay que ir hasta allá y que te inviten a almorzar.

Los Yahuancani
pato-touli.
Amenit

Y así, de noche, antes de entrar en el mosquitero para descansar, envuelto por el murmullo de todos los sonidos de la selva, podrás escuchar a los abuelos contar cosas muy distintas de las que encuentras en los libros. Cosas de las que nunca escucharás hablar en otro lugar.





Las historias de la selva son como los ríos. Dan vueltas serpenteando y desembocan en una historia más. Entonces, navegando de historia en historia, se puede viajar en la imaginación y saber lo que pasó cuando recién se formó la tierra. Cada clan uitoto cuenta las cosas a su manera. Pero todos concuerdan en que las historias que los abuelos han transmitido desde tiempos inmemoriales dan respuesta a los grandes misterios que siempre han fascinado a la humanidad.









Sus historias explican cómo surgieron las plantas y los animales, y todas las cosas buenas para comer. Es que antes, mucho antes, la gente no conocía la verdadera comida. Dicen que sólo con comer barro se satisfacía. Los primeros habitantes de la tierra no sabían alimentarse, hasta que alguien les enseñó a cosechar, cazar y pescar. Los viejos uitoto cuentan cómo fue, y dicen que todo sucedió en un sueño, en el sueño de la creación que un gran dios soñador una noche fría soñó.

Así cuentan los abuelos del clan Aymenu, el clan uitoto de la Gente Garza Blanca del Cielo.



Buinaima y Buiñaiño

Buinaima, el creador, estaba sentado en un banco soñando. Quería pararse, pero no había dónde. Sólo habían agua y oscuridad a su alrededor. Como no tenía nada más que hacer, sopló sobre sus manos para calentarse y escupió en el agua. Su soplido resonó profundo alrededor ...
uuuuuuuh uuuuuuh.







Cuando las blancas gotas de su saliva cayeron en el agua oscura, la superficie se estremeció y aparecieron centellantes anillos de hondas claras y pasajeras.

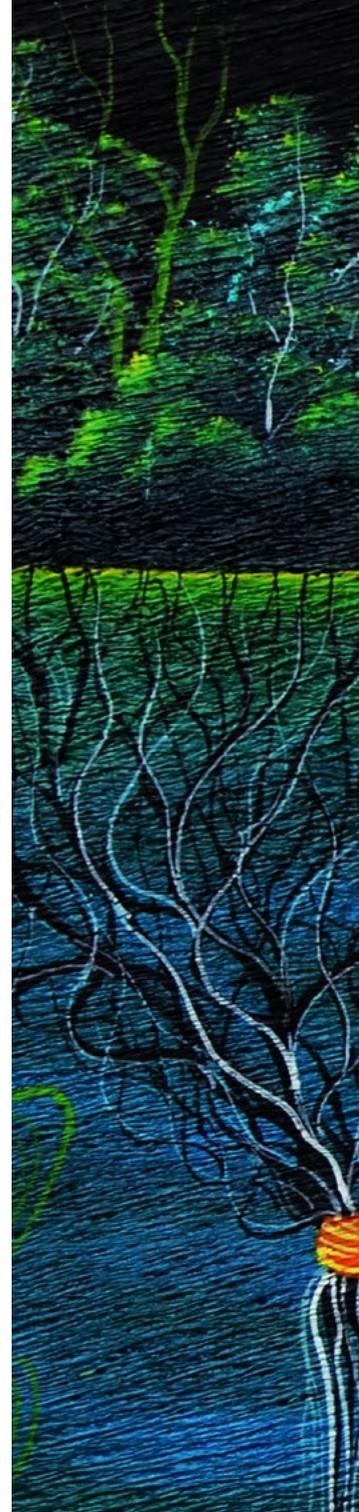
Poco a poco, el agua se endureció, hasta que se formó una minúscula isla de arcilla mojada, de tamaño suficiente para una pisada. Entonces, Buinaima pudo pararse. Colocó el pie en la arcilla y ésta se endureció un poco más. Y él comenzó a caminar en espiral.

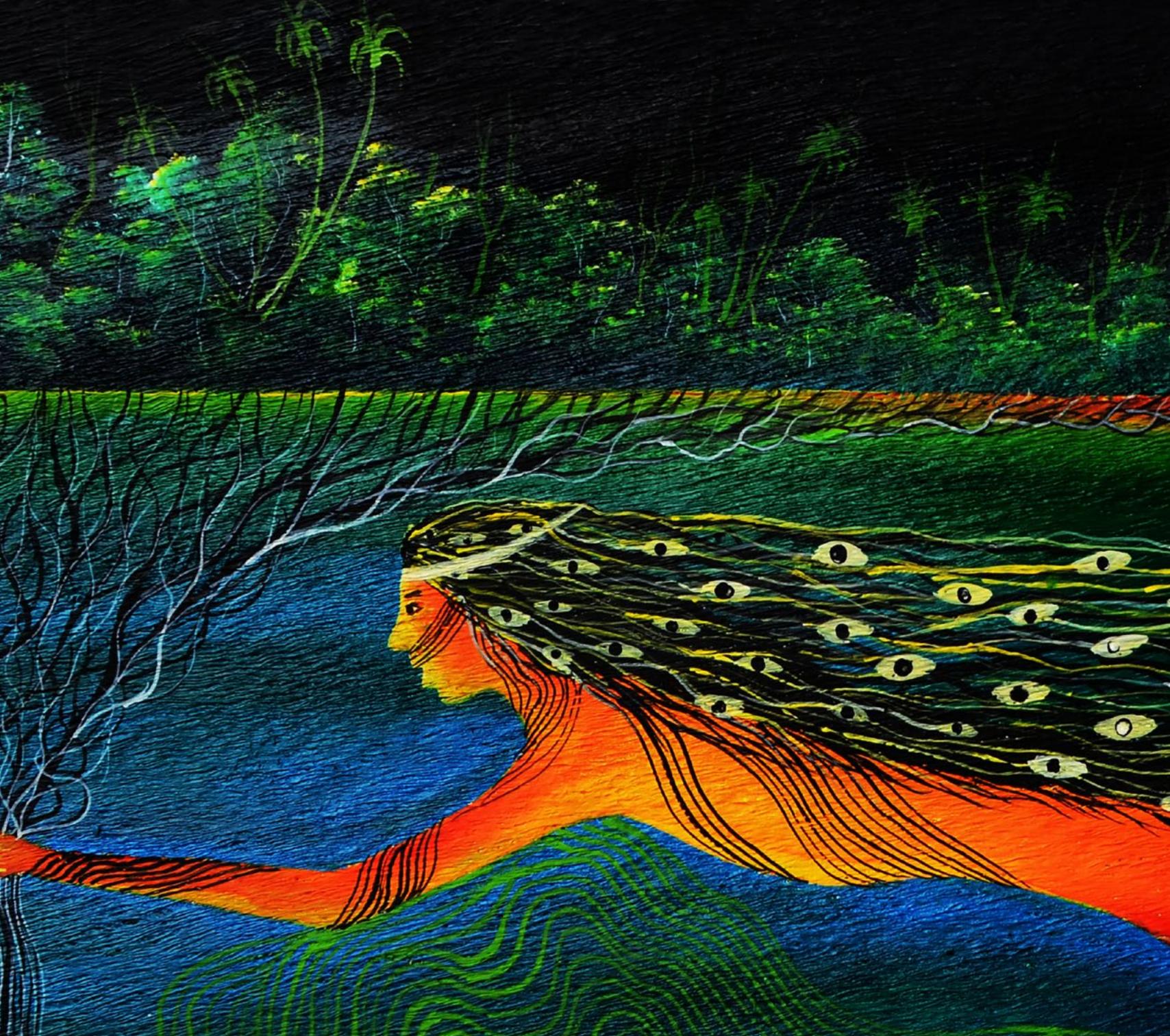
A cada paso suyo, la tierra se hizo más grande y más sólida, y empezó a girar, redonda y plana como una gran plancha de arcilla. Así se hicieron las planicies y los cerros, y se llenaron de gente hasta los confines del planeta. Cuando terminó, Buinaima se fue por debajo de la Tierra que había formado y se sumergió en el agua que la rodeaba.



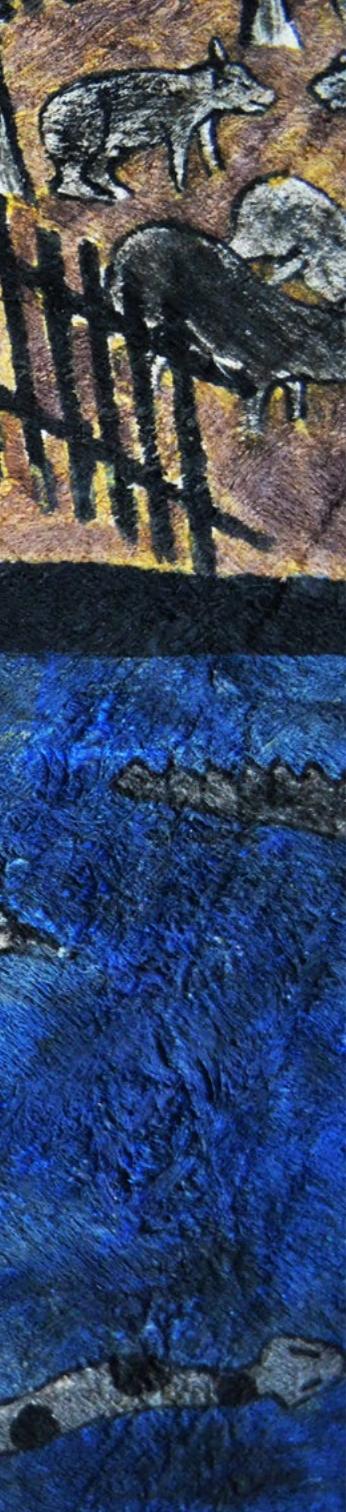


La madre del agua ya existía desde siempre, con sus corrientes insondables, profundas y frías. Su nombre es Buiñaiño. Es la esposa del creador, su eterna compañera. Cuando se encuentra contenta, la Tierra reposa tranquila sobre el manto quieto de su superficie. Pero cuando se molesta muestra su rabia, desata tempestades y hace tambalear la Tierra como un juguete en el mar. Siempre existe el peligro de que un coletazo de sus olas la haga zozobrar y la vida nacida del sueño de la creación llegue a su final.









Buiñaiño es misteriosa y esquiva. Le gusta charlar con los delfines y con los peces y moluscos que viven en el agua. Casi siempre anda escondida bien al fondo, en la cama de lodo de los lagos y los ríos. Le gusta mucho descansar en los agujales donde hay aguas oscuras y empozadas. Pero, a veces, sube a la superficie. Entonces se puede ver destellar su cuerpo de sirena con cola de serpiente deslizándose furtivo entre la espuma.

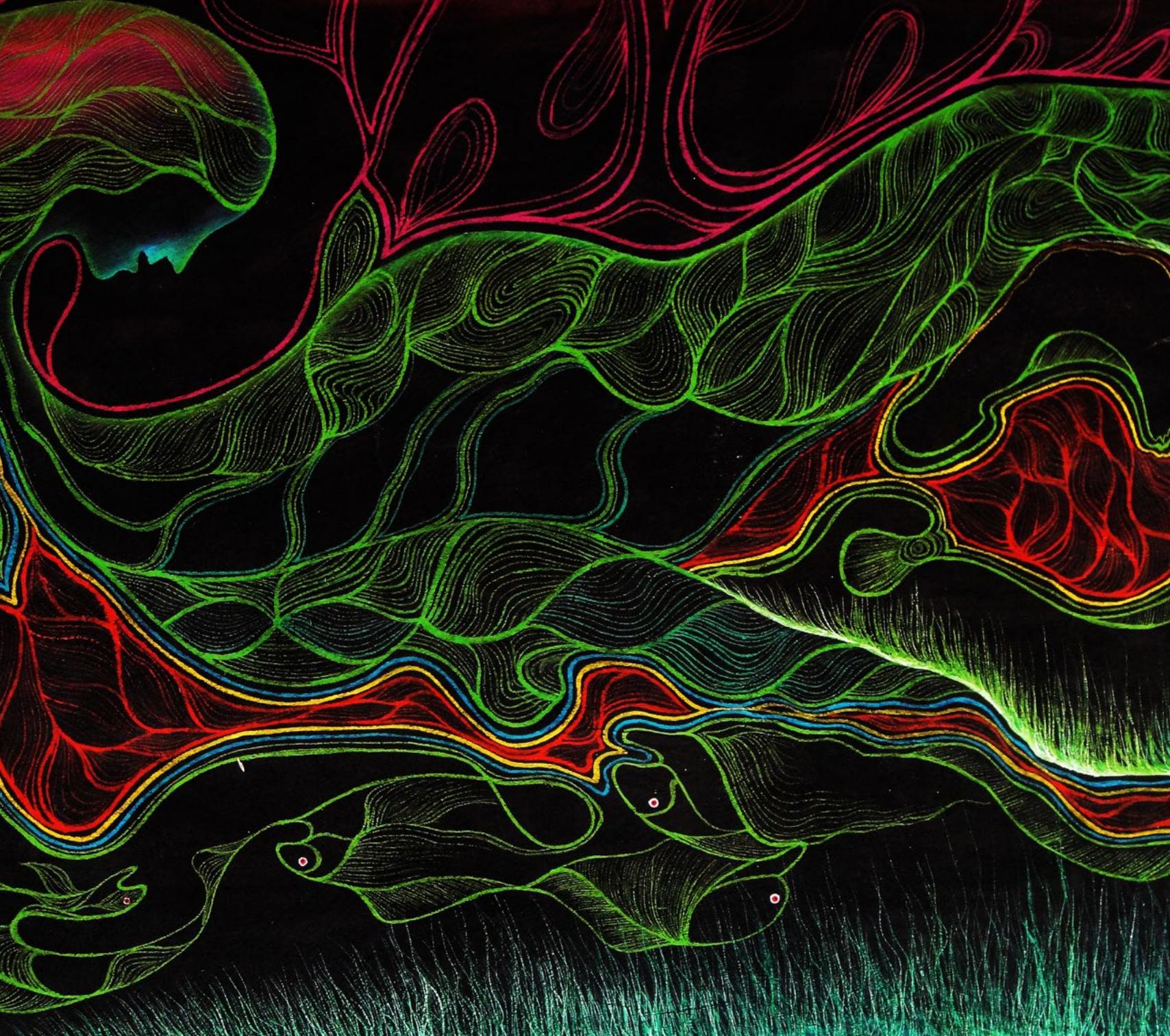




Y, cuando llueve y luego brilla el sol, su cuerpo de sirena y serpiente se levanta de las aguas y se transforma en un translúcido arco iris.→ Por eso nosotros decimos que el iris es Buiñaiño que sale de su escondite y se yergue de fiesta en el cielo para mostrarle a todo el mundo las deslumbrantes cintas de colores que la adornan.

Con su cuerpo delgado, arqueado sobre la tierra, sostiene el cielo para que no se caiga. Porque el cielo es como el techo de una casa. Si el arco iris no saliese a sostenerlo después de una lluvia torrencial, el cielo se desplomaría y nos aplastaría a todos en la tierra y la vida nacida del sueño de la creación se acabaría. Todo volvería a ser agua oscura, un diluvio sin sol ni final.





Jusiguna, el niño árbol

Cuando la tierra estaba recién formada, los primeros habitantes no sabían qué cosas eran buenas para comer. Comían barro pensando que era todo lo que había. Hasta que un día, un niño árbol trajo las plantas cultivadas, las frutas y los peces. Se llamaba Jusiguna. Cuando nació, su madre lo dejó sobre la tierra tapado con una calabaza. Y cuando regresó a verlo al cabo del tercer día, encontró un árbol que le crecía del ombligo.









El niño árbol fue creciendo y creciendo, jugando con las aves que se paraban en sus ramas. Como era nieto del arco iris, su sangre era de todos los colores; entonces, con la tinta de su sangre les fue pintando las plumas. Así fue cómo los pájaros obtuvieron sus coloridos plumajes.





Poco a poco, al alrededor del niño árbol fue brotando un lago que reflejaba los colores del arco iris, y ahí fueron creciendo las plantas de yuca. Cuando se pusieron frondosas y sus raíces se llenaron de tubérculos listos para cosechar, los antiguos uitoto se juntaron para sacar los grandes tubérculos que habían crecido en el lodo. Rallaron y exprimieron la yuca, y cernieron la masa para hacer harina. Después hornearon el pan de casabe en una plancha de arcilla sobre las brasas, y por primera vez, probaron el inolvidable sabor de la verdadera comida humana.





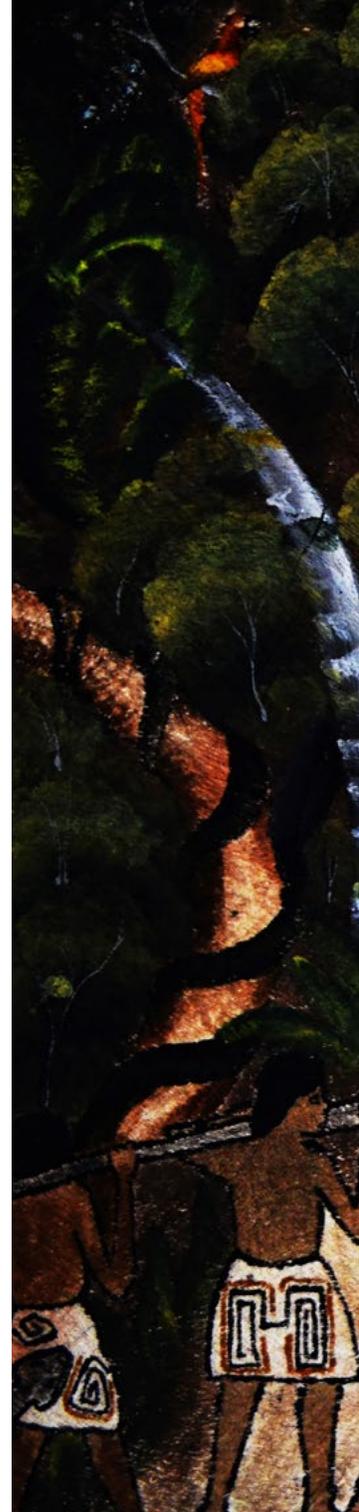
El niño árbol siguió creciendo y madurando, hasta llenarse de frutas de todas las especies. Las frutas colgaban perfumadas de sus ramas. Cuando los antiguos uitoto las vieron, sintieron un deseo irresistible de comerlas, y le pidieron a la madre del niño árbol que lo derrumbara para poder cogerlas. Nunca antes habían sentido un olor tan dulce y seductor. Mientras cortaban el tronco, las astillas que iban cayendo al lago se fueron convirtiendo en miles de peces multicolores.

Y cuando finalmente el niño árbol se derrumbó, su pesado tronco cayó abriendo una gran zanja sobre la tierra. En la huella que dejó grabada en el suelo, se formó el curso del río Amazonas, el mayor de todos los ríos de la selva. Y en la huella dejada por las ramas de la copa, se formaron el río Putumayo y todos los otros ríos de la Amazonía, desde los más grandes hasta los más pequeños. Así se dibujó el paisaje de la selva lleno de cursos de agua, y así se formaron todas las cosas buenas para comer, que también se originaron en el agua.



El recuerdo de los dioses

Con el tronco del niño árbol caído, nuestros antepasados hicieron el primer tambor, nuestro manguaré. Desde entonces, los uitoto seguimos haciendo tambores así como nuestros abuelos los hicieron; y los tocamos para comunicarnos a distancia e invitar a nuestros vecinos a nuestras fiestas. Sólo pueden comprendernos quienes conocen el antiguo lenguaje de los golpes de tambor. Siempre hacemos un par de tambores, uno macho y otro hembra, porque el manguaré como todo lo que existe en este mundo, vive en pareja. El macho es el tambor grande, y la hembra, el pequeño.





Para hacerlos, se cortan dos pedazos de tronco y se cavan con un hacha especial para vaciarlos por dentro. Después, se colocan brasas de carbón en el interior y se atizan, soplando con un carrizo hasta esculpir a fuego vivo sus entrañas. En el tambor hembra se graba la huella de un cuerpo de mujer, y en el macho, la huella de un cuerpo de varón.









Por eso, cuando los tambores están listos, parece que una pareja hubiese estado echada en los troncos y se hubiese ido, dejando en recuerdo el espacio que antes ocupaban. Es el molde de la pareja humana cavada en el corazón del árbol de la creación. Está guardado para siempre en nuestros tambores y hace resonar nuestro manguaré para que pueda hablar con su voz ronca, fuerte como un latido.





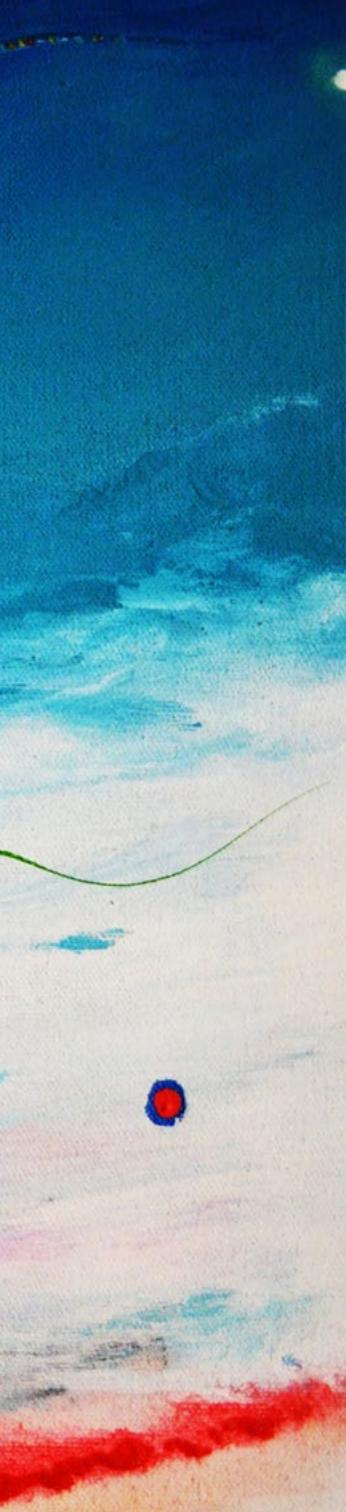
Cuando terminó el sueño de la creación, Buinaima también nos dejó algo en recuerdo. Nos dejó el tabaco. Así nosotros también podemos soñar como él soñó. Esta planta brotó solita del banco donde Buinaima estaba sentado soñando durante la noche. Por eso, cuando tomamos tabaco, meditamos concentrados y pensamos en los dioses, y ellos nos aconsejan a través de los sueños.





El tabaco se puede fumar, oler y también lamer, cuando se prepara una pasta hecha de hojas machucadas. Lo usamos con respeto y cuidado porque el tabaco es un gran caminante. Quienes lo han visto en sueños dicen que es un hombre muy delgado, casi un esqueleto. Anda por el espacio apoyado sobre un bastón donde crecen sus hojas, y lleva un collar de calaveras y rodillas. Son los huesos de nuestros antepasados, tan antiguos y espectrales como su humo blanco. Parece estar cansado, pero sigue caminando, trayéndonos para siempre el recuerdo de todo lo que ha pasado desde que la tierra y todas las cosas se formaron.





En sueños nos reencontramos con Buinaima, el creador, Jusiguna, el niño árbol, y Buiñaiño, la madre del agua de quién nació todo lo que existe cuando Buinaima sopló e iluminó el agua con su blanca saliva. Desde entonces, Buinaima lleva un arco iris en la cabellera y sueña a colores; y nosotros también soñamos, porque la vida es el sueño a colores del creador. Vivimos y soñamos con todos los colores con que se viste Buiñaiño cuando se yergue sosteniendo el firmamento para salvarnos de la tormenta y hacer que el sol vuelva a brillar.



Rember Yahuarcani López
Artista Plástico, Escritor y Narrador
Indígena

Descendiente de la nación Uitota, del Clan Áimen+, el Clan de la Garza Blanca por su abuela paterna y de la nación Cocama, del Clan Jaguar por su abuelo paterno. Nació en la Comunidad Nativa de Ancón Colonia, cabecera del Río Yaguasyacú, afluente del Río Ampiyacú en el Río Amazonas.

Su obra ha sido partícipe junto a la de otros artistas nacionales y extranjeros en exposiciones como “Mundo Imaginado”, en el Centro Cultural Británico; “Colección de Arte Contemporáneo”, del Museo de Arte de San Marcos; “Arte Peruano en los Siglos XIX y XX: Colección de la UNI”, en la Sala de Arte de Petrop Perú; “Primera Bienal Continental de Artes Indígenas Contemporáneas”, Museo Nacional de Culturas Populares, México DF; “MIRA: Artes Visuales Contemporáneas de los Pueblos Indígenas”, Museo de Correos de Brasilia, Brasil; “El Ojo que Cuenta”, Museo Kunstsenteret Silkeborg, Dinamarca y en exposiciones individuales como “Rafue: Padre del Conocimiento”, Centro Cultural Garcilaso de la Vega; “Once Lunas”, en la Galería de Arte Pancho Fierro; “Horizontes sin memoria”, Galería de Arte Felipe Cossío Del Pomar; “Sólo Piel”, Galería de Arte 80m2; “Diluvio”, Bruno Gallery; “Lágrimas del Piri Piri”, Biblioteca Nacional del Perú.

Ha publicado “El sueño de Buinaima”, “Fidoma y el Bosque de Estrellas” y “La Lluvia y El Verano” con las editoriales Alfaguara, Arsam y Graph Ediciones, respectivamente.

Finalista del VI Concurso Nacional de Pintura BCR, Lima, Perú, 2014; Ganador de la Segunda Bienal Intercontinental de Arte Indígena Ancestral o Milenario, Quito, Ecuador, 2008; Ganador del Primer Concurso Nacional de Literatura Infantil y Juvenil “Carlota Carvallo de Núñez”, Lima, Perú, 2009.

